

INTRODUCCIÓN

Por FERNANDO DEL POZO GARCÍA

En el momento de la victoria ajústate el casco.

TADAYOSKI SAKURAI, 1907

... Porque combatir y vencer en todas las batallas no es la suprema excelencia; la suprema excelencia consiste en romper la resistencia enemiga sin combatir. Así pues, la forma más sublime de mando es deshacer los planes del enemigo; la siguiente es impedir la unión de las fuerzas enemigas [...] Por ello el general experto somete al enemigo sin combatir; captura sus fortalezas sin sitiarlas; derriba su reino sin prolongadas operaciones en el campo de batalla.

SUN-TZU

Los aniversarios, en particular aquellos que celebran cifras redondas y crecidas, son habitualmente ocasión para volver la vista al pasado y analizarlo, con especial énfasis en las razones del éxito implícito también en la longevidad.

Esta Monografía, sin embargo, se aparta un tanto de la línea trillada. Por un lado lo extraordinario de esa longevidad de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), sin comparación entre las alianzas que ha habido en la Historia, no está siendo una protección eficaz contra los augurios negativos que últimamente asaltan la hasta ahora optimista y confiada actitud de sus partidarios, ni siquiera a los ojos de muchos ello

implica éxito alguno; ello obliga a analizar las causas de este nuevo espíritu negativo. Por otro, el pasado ha sido ya suficientemente escrutado desde que en el año 1989 el mundo cambió y aparentemente la OTAN se quedó sin misión.

Era el futuro lo que ya desde hace algún tiempo hacía falta explorar, pero la tarea indudablemente debía parecer ardua a los aliados, que han sido remisos de una manera hasta irresponsable en acometer la redacción de un nuevo Concepto Estratégico, de indudable carácter prospectivo o cuando menos preventivo, que reemplazara el obsoleto actual, que data de 1999, anterior por tanto a los atentados del 11 de septiembre de 2001 (11-S); a la postergación de la «otra» alianza, la Unión Europea Occidental, a la condición de «durmiente» y su práctica sustitución por la mucho menos comprometida política exterior de seguridad común de la Unión Europea; al fin de la campaña de Kosovo, que instituyó el principio de «injerencia humanitaria»; al práctico abandono, en fin, de la defensa común como única raison d'être de la Alianza. Ha costado varios años de esfuerzos dialécticos del anterior secretario general, Jaap de Hoop Scheffer, el empuje de la canciller Angela Merkel e, indirectamente, la definitiva recuperación de Francia en la estructura militar integrada (ya bastante menos integrada que antes del año 1999) alcanzar la decisión, arrancada en la última cumbre de abril del 2009, de elaborar uno nuevo antes de la próxima cumbre, a finales del año 2010 o principios del 2011.

Es imposible saber qué sorpresas nos deparará el nuevo Concepto Estratégico, sobre todo habida cuenta de lo complejo de su elaboración, que incluye tres sucesivas y muy diferentes fases, con un grupo de expertos que se reúne para deliberar y se divide para predicar la buena nueva en las capitales, mientras recaban opiniones y críticas, todo ello en continua interacción con el Consejo Atlántico, y la intervención directa que se reserva el secretario general, Anders Fogh Rasmussen. El contraste con el magnífico modelo del «Informe Harmel», que en 1967 marcó un punto de inflexión en la historia de la Alianza, y que fue elaborado por media docena de notables políticos, el recientemente fallecido conde Harmel incluido, presentado al Consejo, y aceptado con la implícita categoría de Concepto Estratégico, tal vez merecería análisis pormenorizado. Pero mientras el momento de escudriñar el Documento llega, parece adecuado explorar algunos de los aspectos que afectan directa o indirectamente a ese futuro de la OTAN que el Concepto Estratégico tratará de encapsular.

Los autores de los cinco capítulos que conforman esta Monografía, en común apreciación de la importancia de mirar hacia adelante en este momento, aunque apoyándose como es obligado en análisis del presente e inmediato pasado, han conseguido presentar visiones de lo que la OTAN nos ofrecerá en el futuro desde muy diferentes pero complementarias perspectivas.

La primera visión, de don Manuel Correa Gamero, explora brillantemente los interrogantes que ofrecen por un lado los nuevos riesgos, como tráfico de droga, crimen organizado, inmigración ilegal, y por otro la creciente indefinición de la frontera entre los campos habitualmente reservados a la seguridad ciudadana y a la Defensa Nacional, favorecida entre otros factores por la tendencia del crimen organizado y la piratería a proliferar en la situación de vacío de poder legal que se abre en zonas de guerra y «Estados fallidos», de lo que son buenos ejemplos los contextos que han dado lugar a la increíble producción de opio en Afganistán (¡90% de la mundial!), y a la piratería somalí.

Propone don Manuel Correa primero una dosis de humildad acerca del papel de Europa en el mundo, con una descripción que recuerda el dictum del profesor Samuel P. Huntington:

«Occidente ganó el mundo no por la superioridad de sus ideas, valores o religión, sino más bien por su superioridad en la aplicación de violencia organizada. Los occidentales a menudo lo olvidan, los orientales nunca.»

Pero si esa particular destreza occidental confirió a Europa un papel de dominio tal vez inmerecido o excesivo de la escena mundial, podría ser hoy el factor que recomendase a la OTAN para un nuevo papel como garante de una seguridad de espectro más amplio que la mera defensa militar. La reflexión del autor sobre la capacidad y conveniencia de que la OTAN tome sobre sí un cierto papel policial podrá parecer visionaria, pero no es ciertamente descabellada a tenor de los dos problemas expuestos como ejemplos, y el nuevo Concepto Estratégico quedaría muy corto de miras si volviera a despachar los nuevos riesgos con parecida displicencia a la que empleó el todavía vigente del año 1999 cuando, mientras los atentados del 11-S estaban siendo secretamente preparados, decía:

«Los intereses de seguridad de la Alianza pueden verse afectados por otros riesgos de naturaleza más amplia, incluyendo actos de terrorismo, sabotaje y crimen organizado, y por la interrupción

del flujo de recursos vitales» (Parte II, párrafo 24), citado en otra parte de esta Monografía.

Lo grave no es tanto el tono indiferente empleado, que hoy suena claramente desafinado, como el sorprendente hecho de que esa frase es ¡todo! lo que el Concepto Estratégico de 1999 dice de riesgos tan ciertos como para haber originado los atentados de Nueva York, Washington, Madrid, Londres, Bombay y otros, el enorme crecimiento del cultivo de adormidera en Afganistán, que se ha convertido en uno de los más poderosos obstáculos para la pacificación final de esa atormentada parte del mundo, o los, ya casi regulares, deliberados cortes del flujo de gas ruso a Europa Central en lo más crudo del invierno. El nuevo Concepto Estratégico no puede permitirse ignorar de manera tan flagrante esos riesgos, ni evitar pronunciarse de algún modo sobre qué puede aportar la Alianza para combatirlos. Los valores del imperio de la ley, democracia y respeto a los derechos individuales que profesan los aliados garantizan que el uso de tal autoridad sería el adecuado y que contaría con los necesarios contrapesos y garantías legales, y nuestra nación, una de las cinco europeas que poseen una fuerza policial-militar de las llamadas genéricamente gendarmerías, junto con Francia, Italia, Países Bajos y Portugal, muy apreciadas en la OTAN por evidentes razones, puede y debe aportar mucho a este debate.

Ningún estudio sobre la OTAN hoy y sobre su futuro estaría medianamente completo sin examinar detenidamente lo que ocurre en Afganistán, o tal vez como nos invita a pensar Ahmed Rashid en su excelente libro: Descenso al caos, en Pakistán, de cuya catastrófica situación, si hemos de creerle, Afganistán es un mero reflejo como el de las llamas en un metal pulido.

Pero sea reflejo o realidad propia, Afganistán nos lo presenta el teniente coronel don José Luis Calvo Albero, demostrando un profundo conocimiento y clara comprensión de esa campaña, como una experiencia catártica, de la que la OTAN saldrá totalmente transformada, casi purificada. Muchos de los problemas que han impedido una solución, que ya será tardía aunque ocurra mañana mismo, ahora no se pueden corregir, pero desde luego no es probable que vuelvan a repetirse. Las penalidades logísticas de una operación en el Hindu Kush –casi no hay lugar en el globo más alejado de la mar, el gran medio de comunicación para refuerzo, sostenimiento y aprovisionamiento– que hacen recordar el aforismo «los aficionados hablan de estrategia, los profesionales de logística», y a

los que nos hemos visto envueltos en ello, las difíciles discusiones en el Consejo Atlántico sobre comprar o alquilar, la OTAN, las naciones individuales o un grupo de ellas, el C-17, el Airbus 400 o el Antonov 124, tendrán que ser resueltas a la luz de lo que el nuevo Concepto Estratégico defina como envolvente geográfico, junto con el número y la entidad, de los compromisos que la OTAN pueda aceptar.

La improvisación en las estructuras de mando, aunque explicable y muy bien demostrada por el autor –la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF) no siempre fue una fuerza de la OTAN, y cuando se convirtió en una se decidió el uso de los NATO Rapid Deployable Corps Headquarters, concebidos para la porción terrestre de la NRF (NATO Reponse Force), no para el mando de una fuerza como la ISAF, y duraron poco tiempo, fracaso del que alguna responsabilidad tuvo nuestra nación al no cumplir su compromiso de enviar al Cuartel General de Bétera en su turno– no puede volver a darse en ninguna operación futura, aunque sólo sea porque la más estructurada NRF, cuya plena constitución llegó tarde para la ISAF, será presumiblemente la primera opción en una futura crisis. En Afganistán no sólo no fue utilizada como tal, sino que los escrúpulos puristas de algunas naciones impidieron que unidades integradas en el turno vigente de la NRF fuesen utilizadas como reserva operativa e incluso estratégica. Estos escrúpulos habrá que superarlos bajo el lema use it or lose it, usado hasta ahora sin éxito por el campo contrario. Asimismo, la incompreensión entre los actores civiles y militares, incluso dentro de y entre las Provincial Reconstruction Units, deberá en el futuro ser resuelta por las provisiones del ya considerable corpus documental alrededor del Comprehensive Approach y Effects-Based Approach to Operations.

Ya son más de ocho años de una guerra, continuación del famoso Great Game y del en última instancia fracasado pero sólido intento soviético de imponer orden, y no pasa semana en que no haya noticias, indicios o comentarios de una nueva estrategia. Al escribir estas líneas se están alineando por enésima vez los campos en defensa de un nuevo Surge, de un aumento moderado, de no tocar nada, y hasta del comienzo de una retirada, campos en los que alrededor del presidente Obama pugnan al menos su vicepresidente, el secretario de Defensa, el consejero de Seguridad Nacional, el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el comandante del Mando Estratégico Central, el comandante de la ISAF, y el embajador en Kabul (tal vez conviene resaltar que de esta nómina, dos

de los cargos civiles, el consejero de Seguridad Nacional y el embajador, eran hasta ayer mismo cargos militares en la OTAN, comandante supremo aliado de Europa y vicepresidente del Comité Militar, respectivamente, lo que como se ve no garantiza una opinión común sobre la mejor solución al problema).

Al menos nadie de los principales responsables –el liderazgo americano es obviamente total, como corresponde a su relativamente aplastante contribución– parece dispuesto a darse por vencido, porque como nos recuerda el teniente coronel Calvo, el verdadero objeto de nuestra presencia en el Hindu Kush es impedir que Al Qaeda pueda usar nada menos que una nación, su gobierno y estructuras, como base de operaciones y apoyo para continuar e incluso escalar sus criminales ataques a Occidente. Bien podemos estar seguros, cualquiera que sea nuestra opinión sobre el éxito final, de que ha sido la presencia de fuerzas de la OTAN en Afganistán estos últimos años lo único que ha impedido que los atentados ejecutados o inspirados por Al Qaeda hayan sido más numerosos y crueles. Debemos, pues, traer a la mente el penoso recuerdo de los atentados de Nueva York, Madrid y Londres para no flaquear en el empeño de llevar estabilidad y seguridad a Afganistán.

La cuestión nuclear, décadas después de los famosos debates sobre la estrategia cabalmente apodada Mutual Assured Destruction, los diversos Acuerdos SALT y START, parece, pero sólo a primera vista, un poco demodé. No hay tal, como la doctora doña Belén Lara Fernández demuestra cumplidamente, aunque los muy recientes problemas sobre el anuncio –hecho con una oportunidad claramente mejorable– del acuerdo entre Estados Unidos, Polonia y la República Checa de instalar un nuevo radar y misiles interceptores orientados a la futura amenaza iraní contra Estados Unidos (y contra gran parte de Europa, pero como subproducto), demuestran la vigencia del arma nuclear como factor en las relaciones internacionales. Rusia creyó –o simuló creer, pues cinemáticamente no es posible– que el nuevo sistema podría reducir la capacidad disuasiva de sus misiles ofensivos, y adoptó prontamente un tono beligerante anunciando la próxima instalación de misiles Iskander en el Kaliningrad Oblast. Hoy el problema ha quedado resuelto, como sabemos, pero aquella crisis nos ha dejado el mensaje de que la defensa –no digamos la posible represalia– contra un nuevo actor en el ámbito nuclear, probablemente impredecible y hostil, no va necesariamente a concitar el acuerdo de todos los actores racionales.

Así pues, el debate nuclear no sólo es cuestión de administrar la pesada herencia de un pasado en el que la aniquilación nuclear era una posibilidad perfectamente medible, Winston Churchill dijo:

«Si siguen con la escalada nuclear, todo lo que van a conseguir es que los escombros reboten.»

Sino mantener la paz en un mundo en el que la tecnología del arma nuclear está ya en manos de gobernantes de comportamiento cuando menos impredecible, si no irracional, y más próxima a caer en manos ciertamente irracionales pero mucho más predecibles, por lo siniestro de sus fines, como las de los terroristas del yihadismo. Es cierto que el arma nuclear carece, frente a individuos de la catadura moral de Osama ben Laden que no tienen territorios ni pueblos bajo su responsabilidad y que usan suicidas como vectores de armas, del efecto disuasorio que evitó, cuando los responsables de su posible uso eran los racionales dirigentes occidentales y soviéticos, su empleo y el de medios convencionales en gran escala.

Pero lo inventado no se puede desinventar, y si no podemos intimidar a Ben Laden, al menos podremos disuadir a los poderes fácticos de un Pakistán en pleno descenso al caos, tomando prestada la expresión del alarmante libro de Ahmed Rashid, de continuar por un camino que amenaza con poner su arsenal nuclear en las manos que aplaudieron y las mentes que concibieron los atentados del 11-S, y de los que podemos estar seguros de que no tendrían graves recelos morales en usarla. Y podemos impedir que otro presunto gobierno irracional, a juzgar con poco margen de error por sus enloquecidas manifestaciones, como el de Irán pueda llegar a tener el arma, con el consiguiente resultado catastrófico en Oriente Medio. O que Corea del Norte siga chantajeando al mundo mientras mata de hambre a sus ciudadanos.

Así pues, el desarme nuclear, la política nuclear de la OTAN, que deberá ser consagrada o reformada entre otros asuntos cruciales en el nuevo Concepto Estratégico dando debida consideración a la realidad de que es la única represalia abierta a Occidente ante ataques masivos biológicos o químicos –dos armas a las que Occidente justamente ha renunciado, pero no sus enemigos– el Tratado de No-Proliferación, y sin duda las políticas internas y externas de las mencionadas Corea del Norte, Irán y el preocupante Pakistán, están imbricados de manera que sólo los íntimos conocimientos de la doctora Lara Fernández sobre este esotérico tema pueden dilucidar.

Sobre los planes para la defensa europea contra la amenaza nuclear, cabe hacer notar que las fragatas españolas clase Álvaro de Bazán llevan implícita en el sistema de armas Aegis la capacidad de defensa antimisil balístico. Si se llega a hacer la relativamente modesta inversión en las modificaciones al sistema de combate, y misiles SM-3 Bloque IV, para lo que ya se han hecho las pruebas de viabilidad, la contribución española a la Defensa Antimisiles Balísticos de Teatro europea sería formidable, entre otras razones porque, siendo una plataforma naval, el despliegue al lugar amenazado se puede hacer sin apenas preaviso, por caminos neutrales, sin cruzar fronteras, y llevando la propia logística consigo.

El capítulo que nos presenta el profesor don Jesús Ignacio Martínez Paricio nos hace reflexionar sobre la esencia de la misión de las Fuerzas Armadas y el porqué de la escasa aprobación que hoy tiene el desempeño de su misión. La resistencia del español de hoy a ver a sus fuerzas marchar a otras tierras, documentada por Martínez Paricio con varias estadísticas, demuestra un escaso interés por lo que ocurre lejos de su terruño, cerrando los ojos a la certeza de que pronto o tarde tendrá impacto en su bienestar, y una actitud paternalista hacia sus soldados, que, aunque podía tener alguna justificación cuando eran de recluta forzosa, es inadecuada ahora cuando, compuestas las fuerzas exclusivamente por profesionales, no cabe dudar de su voluntariedad para asumir riesgos, que saben vienen con la paga, por así decirlo. El resultado es una posición popular decididamente timorata, por no decir abiertamente opuesta, respecto a los riesgos que nuestras fuerzas pueden asumir en operaciones que, durante estos últimos años, han sido y son llevadas a cabo en ambientes –reconozcámoslo– esencialmente benignos, y es especialmente opuesta –avergüenza confesarlo– cuando estas misiones son «interponerse en una guerra civil» o «ayudar a un amigo» (análisis del Real Instituto Elcano, diciembre de 2007).

Pero el español de hoy podrá ser timorato, mas no insolidario. Es por esto por lo que sublima su resistencia a ver a sus Fuerzas Armadas operando en el exterior al considerarlo aceptable e incluso deseable si la misión es «humanitaria». Naturalmente, dándose por descontado que España, al igual que sus aliados, no conduce ninguna guerra de agresión, esta opinión nos deja el problema de separar con un fino bisturí lo humanitario y por tanto presumiblemente legítimo de lo simplemente guerrero, y por tanto sospechoso de ser inmoral, problema que mantiene hoy muy

ocupados a los políticos y comentaristas, olvidando que ya lo dilucidó Cicerón cuando dijo que:

«El legítimo objeto de la guerra es una paz más perfecta.»

Esta sublimación de la defensa en labor humanitaria produce varias consecuencias indeseables. En primer lugar la realimentación entre los políticos y la opinión pública, representada pero también influida por los medios de comunicación, se hace creciente en un esfuerzo por demostrar quién es más «políticamente correcto», llevándonos a absurdos como discutir con toda seriedad en el seno del Consejo Atlántico las posibles medidas a adoptar por la OTAN ante la pandemia de la gripe aviar, alarma desproporcionadamente inflada en el año 2005 (supongo que habrán vuelto a hacerlo ante la posterior gripe porcina, pero no he tenido el privilegio de presenciarlo esta vez), o como la asignación permanente a las Fuerzas Armadas de misiones de ayuda en catástrofes y similares, que estando perfectamente justificadas ocasionalmente cuando las instancias civiles pertinentes son desbordadas –las Fuerzas Armadas están adiestradas y organizadas para operar en la mayor de las catástrofes, que es la guerra– producen invasión de competencias, problemas organizativos y desmoralización en ambas partes cuando esa asignación se hace permanente, además de detraer los bienes escasos de personal, material y finanzas de la misión principal, el core business, de las Fuerzas Armadas, que es ser el instrumento armado de la acción exterior del Estado.

Otra desafortunada consecuencia es la expectativa de que las Fuerzas Armadas se conduzcan en sus misiones como si fueran fuerzas policiales. El dilema, la imposible situación que este benéfico deseo impone a los militares ha sido recientemente puesto de manifiesto por mi querido amigo y compañero el almirante Tafalla en un lúcido artículo con ocasión de la crisis del secuestro por piratas del atunero Alacrana, de quien tomo la siguiente cita:

«... el policía, en una democracia [...] sólo puede realizar determinadas actividades con permiso previo de un juez, debe conseguir siempre pruebas objetivas que permitan procesar al presunto delincuente y, en general, tiene que actuar con su libertad de acción mermada por la defensa del [...] marco de libertades individuales, bien más precioso que la propia represión del delito. Es decir, el policía actúa por lo que hace un sujeto, y no por lo que es. El soldado, al contrario, trata de neutralizar al enemigo por lo que es, no por lo que hace. [...] Por eso, cuando nuestra voluntad se ha impuesto

y este soldado enemigo es prisionero, se le respeta y se le trata con las previsiones del Derecho de Guerra y sus correspondientes convenciones.»

El efecto perverso de esta exigencia es que el soldado o marinero no puede actuar como tal, porque las reglas de enfrentamiento dadas con tan ignaro y manipulador criterio se lo impiden; y no puede actuar como policía porque ni su adiestramiento ni su armamento se lo permiten, ni como tal sería reconocido si un juez somete a escrutinio sus acciones. El obvio resultado es parálisis, ineficacia y desmoralización.

Y es que la palabra guerra se ha convertido en impronunciable. La ilusoria elevación al nivel de las relaciones internacionales del optimista aforismo «dos no riñen si uno no quiere», combinado con lo largo del periodo en que nuestra Patria ha estado ausente del escenario mundial, han convencido a una generación de españoles de que la guerra puede ser evitada sólo con desearlo, de que los conflictos internacionales se pueden siempre resolver sin recurso a las armas, Federico el Grande dijo:

«La diplomacia sin fuerza es como la música sin instrumentos.»

De que la negociación es una noble herramienta tan eficaz que no necesita el apoyo de aquéllas, de que, en fin, las Fuerzas Armadas no tienen hoy más uso o destino que las labores humanitarias o paliativas de emergencias civiles. La falsedad de esta creencia está abundantemente ilustrada en la Historia –véase por ejemplo el Acuerdo de Múnich, con Chamberlain encarnando semejante opinión entonces prevalente en el Reino Unido, trayendo «paz para nuestro tiempo» sólo meses antes de la guerra más destructiva de la Historia, o más directamente conectada con España, la desastrosa guerra que se vio forzada a librar, la última internacional que nuestra Patria ha tenido, contra Estados Unidos en 1898– pero queda patentemente demostrada para España sin más que invocar las reclamaciones del siniestro personaje Osama ben Laden sobre el Al-Andalus, ominosamente apoyadas con su ejército de suicidas, dispuestos a imponer sus indeseadas leyes en nuestra libre tierra.

Que toda esta resistencia a aceptar la permanencia de la guerra en su sentido clausewitziano de «continuación de la política por otros medios» es un factor que no sólo afecta la eficacia de las Fuerzas Armadas de nuestra Patria sino que es relevante para toda la OTAN es evidente en el concienzudo trabajo del profesor Martínez Paricio, pero es puesto más centralmente en el contexto aliado en el excelente repaso que el capitán

de fragata don Saturnino Suanzes Fernández de Cañete a los conflictos que Occidente ha tenido que lidiar desde el fin de la guerra fría, en su mayoría a través de la OTAN. Los cambios en la forma del conflicto desde el que pudo ser y felizmente no fue con el Pacto de Varsovia, pasando por la guerra que libró la coalición para desalojar a Irak del invadido Kuwait, por Bosnia-Herzegovina –el diálogo que reproduce entre Milosevic y el general Clark también ilustra perfectamente lo expuesto anteriormente sobre el dilema del militar con misión policial– Kosovo, y ese nuevo hito de referencia histórica que fue, seguramente más que la caída del «telón de acero», como el capitán de fragata Suanzes argumenta, el ataque al World Trade Center del 11-S.

Podrá disputarse lo adecuado de los cambios que la OTAN ha ido introduciendo en sus estructuras y su manera de operar, ello es ciertamente opinable; pero nadie puede ignorar el enorme esfuerzo de adaptación que estos últimos 20 años ha llevado a cabo conforme se iba demostrando que cada conflicto dejaba anticuado al anterior, siempre tratando de desmentir la famosa frase de sir Basil Liddel-Hart:

«Más de 2.000 años de historia militar nos enseñan que si hay algo más difícil que imbuir una nueva idea en la mente militar, es extirpar una idea antigua.»

Las Combined Joint Task Forces, su posterior relegación al desván y sustitución en la práctica por la ya mencionada NFR, un respetable número de reorganizaciones de la estructura de mando, numerosos documentos conceptuales, y la supresión de los planes de operaciones fijos y su reemplazo por planes de contingencia (que pueden ser empleados en una variedad de lugares y situaciones) son algunas de las pruebas de esta incansable actividad.

Sin embargo, el éxito ha sido bien modesto, como el capitán de fragata Suanzes nos muestra. La OTAN, como organización colectiva, ha sido incapaz de contagiar ese afán de renovación y de eficacia a las naciones que la constituyen. En el proceso de planeamiento de fuerzas, donde se trata de persuadir a las naciones de que obtengan el futuro material de manera coherente con las necesidades colectivas, tanto como en los diversos procesos de generación de fuerzas, donde se pide a las naciones que contribuyan con las fuerzas existentes a las operaciones en curso o al siguiente turno de la NRF –el proceso caracterizado, como nos recuerda el autor, por lord Robertson como pasar el begging bowl, el cepillo de limosnas– las na-

ciones han sido consistentemente impermeables a toda persuasión. Han continuado obteniendo material más y más sofisticado, pero en menores números, cuando la situación parece claramente requerir más unidades no necesariamente más capaces individualmente, a menudo por conveniencias comerciales o industriales con poca relación con las necesidades reales, y han sido regularmente remisas en contribuir las fuerzas a las que se habían comprometido al decidir una operación o aprobar la NRF, o cuando decidieron de común acuerdo tener desplegado el 8% de sus fuerzas terrestres y el 40% desplegable. No es posible evitar la impresión de que las naciones se comprometen a cualquier cosa en la secreta esperanza de que sea otro el que cumpla con la obligación así adquirida.

Es difícil creer que esto sea todavía una tardía manifestación de la famosa recogida de los dividendos de la paz, 20 años después de que el capital invertido proporcionara el magnífico fruto del derribo del muro de Berlín y la apertura de las demás fronteras que dividían Europa. Más plausible es la explicación de un utópico pacifismo, antes aludido en relación con nuestra Patria, pero que en diversa medida afecta también a algunos aliados. Y en no pequeña medida es debido a una falta generalizada de comprensión de la clase de amenazas con que nos enfrentamos.

Por ello las conclusiones que alcanza nuestro autor son coherentes con los demás capítulos de esta Monografía, y pueden servir de resumen de todos ellos. El nuevo Concepto Estratégico ha de ser realista, teniendo en cuenta la distancia entre los loables deseos aliados de proteger y promover nuestro modelo de sociedad en todas las ocasiones y en todos los lugares, y la dura realidad de que nuestros medios militares y los recursos de personal, material y financieros que los apoyan no se pueden estirar tanto, sea por pura imposibilidad material o por falta de moral y convicción; ha de tener en cuenta que la seguridad hoy es más compleja que ayer, y la relación con otros agentes de seguridad, como las organizaciones policiales, pero también puramente civiles, como las organizaciones no gubernamentales, ha de ser por tanto de íntima cooperación, pero sin invadir mutuamente competencias; ha de admitir que aunque la expansión del número de aliados es una prueba evidente de su éxito, introduce una debilidad, pues los intereses, más allá de los básicos de la defensa común, son más dispersos o más sujetos a interpretaciones, y basta comparar –muchos podemos hacerlo– los procesos de la decisión en el Consejo Atlántico de los 28 miembros de hoy con los de hace tan sólo 10 años, cuando eran 16.

Por su parte los gobiernos aliados deben participar en el proceso de planeamiento de fuerzas con un espíritu más franco y abierto, considerando que los conflictos los van a tener que confrontar junto con los aliados, por lo que es mejor aceptar las sugerencias y tener la estructura de fuerzas que mejor encaje con la del conjunto de los aliados, dentro de límites razonables, en vez de guiarse meramente por conveniencias industriales o razones de prestigio; que deben contribuir con espíritu más generoso que la estricta medida, que siempre es cicatera y nunca totalmente objetiva, en las operaciones o turnos de la NRF que por consenso ellos mismos deciden en el Consejo Atlántico; y que la genuina misión de sus Fuerzas Armadas es ser el instrumento armado de la acción exterior del Estado, no otra.

Pero todo ello, como nos recuerda el profesor Martínez Paricio, pasa indeclinablemente por persuadir a la opinión pública de que la defensa es una necesidad, aunque cueste dinero y dedicación; de que tenemos enemigos aunque no queramos ni los busquemos; de que raramente les podemos convencer, sino vencer; de que el poder militar es necesario como dice Sun-Tzu incluso –sobre todo– para ese culmen de la excelencia que es vencer sin batallar; de que, en fin, para ello necesitamos de nuestros aliados, de una organización, la OTAN, donde las voces de todos son escuchadas y la actuación es por consenso.

Sólo de este modo, con la opinión pública a favor, podremos confiar en que este excelente instrumento que acaba de cumplir 60 años seguirá muchos más proporcionándonos el insustituible servicio que ha permitido a la sociedad europea conservar sus libertades y estilo de vida, a pesar de las amenazas que la han acechado durante este tiempo.